



*Queridas hermanas ,*

Hoy, 11 de febrero de 2024, en el Hospital Sobu de Hachioji (Japón), a las 04:43, de madrugada, cuando aún era de noche, Jesús Maestro, el Señor de la Vida, llamó definitivamente a sí a nuestra Hermana,

**SR. M. FIDELIS – TOMOKO CECILIA ASANO  
nació el 27 de octubre de 1929 en Fukushima (Japón).**

Segunda de seis hijos, de familia budista, Tomoko recibió el Bautismo el 2 de mayo de 1951, y con el don de la fe recibió un nuevo nombre: Cecilia. Nacida en la zona noreste de Japón, donde los cristianos son minoría, es conmovedora la historia de su vocación: «Mi vocación a la vida religiosa nació de la alegría y la gratitud que sentí cuando descubrí el cristianismo y me hice cristiana. Quería dar a conocer esta maravillosa gracia a la mayor cantidad de personas posible. “¿Qué puedo hacer para esto?” me preguntaba. A menudo iba a ayudar a los sacerdotes, con la convicción de que yo, pobre en todo, podía ayudar a los misioneros a dar a conocer a Jesús en el mundo. Le dije al sacerdote que me guiaba espiritualmente que estaría feliz de hacer este tipo de trabajo toda mi vida, y me aconsejó que me consagrara, ciertamente teniendo en cuenta la oposición de mi familia. Sin embargo, no podía rendirme. Entonces me mudé a Tokio en contra de su voluntad y seguí buscando un Instituto que satisficiera mis deseos. Después de seis meses recibí la bendición de conocer la Congregación de mis sueños. Estos seis meses me parecieron muy largos, por eso cuando la encontré mi alegría fue grande».

El 30 de octubre de 1954 ingresó entre las Pías Discípulas del Divino Maestro que habían llegado al País del Sol Naciente el 2 de mayo de 1950 y habían comenzado a vivir como una comunidad religiosa enteramente dedicada a Jesús Maestro viviente en la Eucaristía, en el sacerdocio y en la Iglesia, y difundir así la Buena Nueva del Reino de Dios. Una vez completado el noviciado, Cecilia, con otras siete compañeras japonesas, hace la Profesión Religiosa en Tokio el 31 de mayo de 1958, en la fiesta de la Visitación Beata Virgen María. También en Tokio, el 31 de mayo de 1963, emitió la Profesión Perpetua.

Durante la mayor parte de su vida desarrollo el servicio sacerdotal en la comunidad de formación de la Sociedad de San Pablo. En un período de extrema pobreza y escasez de alimentos, después de la Segunda Guerra Mundial, sostiene su vida y vocación procurándoles de comer a los 30 religiosos paulinos y a los 70 jóvenes en formación, lavando y cosiendo sus ropas y sosteniendo la adoración eucarística día y noche. Los cuidó con corazón de madre y, cuando era necesario y posible, también los animó con palabras. Durante su servicio en la Sociedad de San Pablo estuvo siempre atenta a las hermanas Pías Discípulas y les brindó todo tipo de cuidados y asistencia. Las hermanas aún guardan en sus

corazones su preocupación por preparar muchos postres calientes que animaron y fortalecieron a la comunidad.

Ocupó varias veces el cargo de responsable de comunidad, sin escatimarse. También debido al arduo trabajo que realizó desde pequeña, sufrió lesiones en la espalda y la columna y tuvo que someterse a una serie de cirugías importantes. En 2015, debido a una subluxación de las vértebras cervicales, fue sometida a una cirugía mayor que puso en peligro su vida. Todas las hermanas pensaron que no sobreviviría, pero enfrentó la rehabilitación con su perseverancia natural y regresó a la comunidad continuando a brindar servicios de común utilidad. A pesar de las repetidas operaciones de cuello y corazón, ha vuelto a estar tan sana como un fénix. Tuvo que usar un collarín por el resto de su vida y aunque le dijeron que no se moviera ni mirara hacia abajo, continuó sirviendo incansablemente a sus hermanas enfermas, lavando sus ropas, limpiando y cosiendo sus hábitos religiosos. Este fue el testimonio transparente de su amor a Dios y a los demás.

Su fidelidad a la adoración eucarística merece una mención especial. Por muy enferma que estuviera o cuánto sufriera, ella tenía la responsabilidad de realizar la adoración eucarística diaria según su turno, establecido por el ritmo comunitario. En 1997 describió así su amor por la adoración eucarística: «Recuerdo que cuando visité por primera vez a las Pías Discípulas del Divino Maestro, dos hermanas estaban rezando ante la Eucaristía, vestidas con un manto azul, y me conmovió la atmósfera pura y mística de su apariencia, y sentí una sensación de nostalgia. Durante la conversación con ellas, me dijeron que esta adoración eucarística era una misión confiada por la Iglesia, que debía realizarse en su nombre, y que ese era el apostolado de la Congregación. Había recibido el bautismo unos días antes y no sabía nada al respecto, pero la alegría de llevar a cabo esta preciosa misión como miembro de la Iglesia me sostuvo en los días en que, debido a mi débil fe, incluso esto se convertía en una carga. Y me pregunté si la impresión que había sentido era sólo el deseo del corazón de una joven. En esos momentos siempre me parecía escuchar una voz que decía: “Yo soy quien te llamó para esta misión”. Y he pasado los últimos años sostenida y fortalecida por aquella voz. Y ahora me doy cuenta de que la adoración eucarística diaria es una gran misión, una seria responsabilidad y la mayor fuente de energía para mi vida consagrada».

El 3 de diciembre de 2023, fue trasladada al hospital en ambulancia después de perder el conocimiento debido a una lesión en la cabeza, provocada por una caída en su habitación. Hasta ese día realizó la adoración eucarística como primer apostolado.

En el momento en que las celebraciones del Centenario de la fundación llegaban a su punto culminante, Sr. M. Fidelis nos acompañó en el silencio, en el sufrimiento y en la oración.

El 10 de febrero, los miembros de la Familia Paulina en Japón, que no se reunían desde hacía tres años debido a la pandemia de Covid-19, se reunieron en la comunidad Divino Maestro de Hachioji para compartir la alegría y la gratitud. Y Sr. M. Fidelis regresó con el Maestro Jesús en las primeras horas del día del Señor, Pascua semanal, para sellar la feliz conclusión del Jubileo de Fundación. La conclusión de su vida, toda transcurrida como un signo del amor vivido para la Iglesia, para la misión de la Congregación y para las hermanas, es signo para nosotras, todavía peregrinas aquí abajo, del comienzo de un impulso renovado en la misión.

*Sr. M. Micaela Monetti*